

Emmanuel Mounier: cincuenta años

José Luis Vázquez Borau

Miembro del Instituto E. Mounier de Cataluña. Premio Emmanuel Mounier

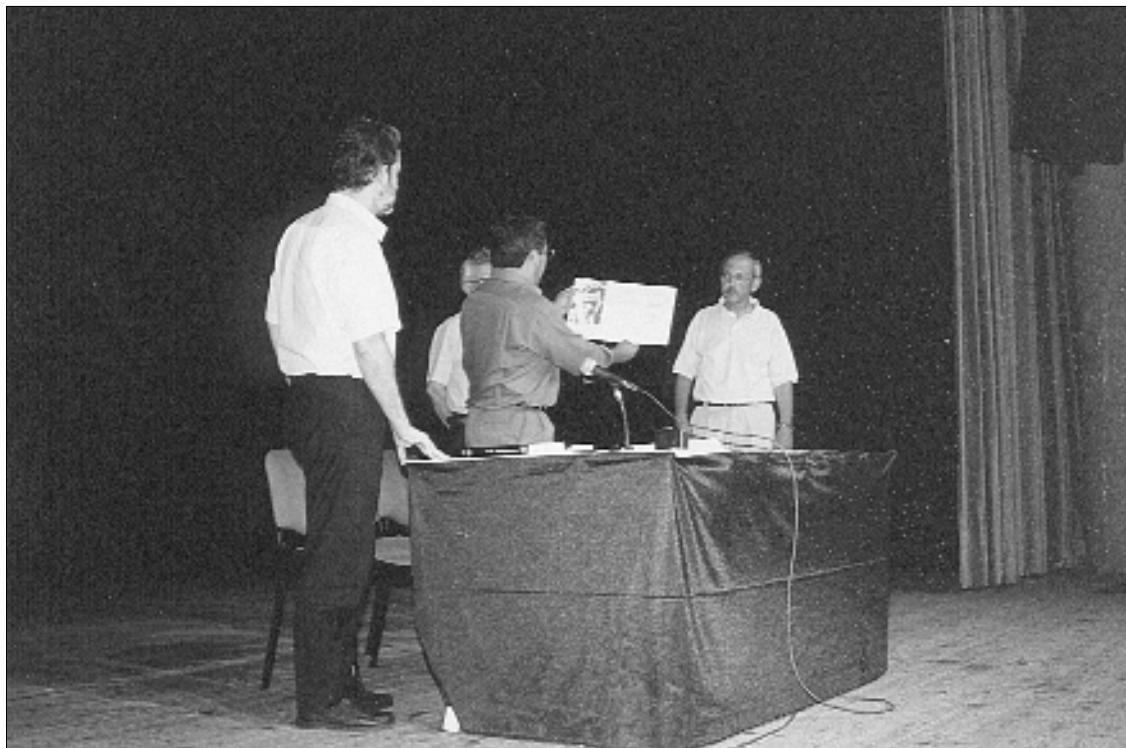
El título de esta comunicación evoca el artículo de Octavi Fullat, *Emmanuel Mounier: veinte años*,¹ con la perspectiva de treinta años después. Resulta llamativo que, a pesar de los años transcurridos, hoy continúa siendo verdad lo que el autor afirmaba: «*Mounier no agrada a las derechas porque denunció el abrazo entre el 'cristianismo histórico' y el 'desorden establecido'; tampoco gusta a las izquierdas pues fue cristiano. Las izquierdas actuales se pavonean de no creer en nada trascendente, y las derechas actuales se empeñan en calificar en 'orden' el 'desorden'. Para unos y otros, Mounier es un personaje incómodo, molesto; la única forma de tolerarlo es dirigiéndole, sea haciendo de él un santo o un héroe, o bien embalsamándolo, es decir, momificándolo. De todas formas, unos y otros prefieren no hablar de él; les gusta más silenciarlo*».²

Mounier fue un profeta. Para él la persona es sagrada y su dignidad radica en la Trascendencia, pues, sin esta, la persona se desvanece por falta de apoyo. La persona es el movimiento del ser hacia el Ser. Hacemos nuestro aquí el análisis certero de Erich Fromm³ que afirmaba que Marx mantenía la opinión de que aquellos que tienen interés en que exista la religión son los que controlan la sociedad y se apropian de las riquezas que otros producen. Dios se convierte así en una idea rentable que se traduce en beneficios económicos. Así, la esperanza de una recompensa en el cielo sirve de consuelo y hace más soportables la miseria y la dureza de la explotada vida del proletariado. Hoy en día, en la sociedad

de consumo en la que estamos inmersos, la falta de esperanza en la otra vida aumenta el deseo de consumo y posesión de cosas caducas y efímeras. A la sociedad de consumo le interesa económicamente que Dios no exista. Cuando la persona pierde el horizonte de la esperanza y se ciñe al ajetreo diario de su vida, entonces trata de sacar a la existencia escurridiza el máximo posible a base de poseer cosas pasajeras con las que la sociedad de consumo nos tienta. La fe en Dios y, por tanto, la fe en que la vida personal no se agota con la muerte, es una fuerza desestabilizadora y revolucionaria en la medida en que se relativiza la sociedad de consumo.

En el momento actual, podríamos decir que se ha abierto una brecha entre los modernos y los postmodernos,⁴ entre los que querían cambiar el mundo y los que se dedican a cantar la alegría de vivir. La modernidad generó un tipo de persona seriamente comprometida con el cambio social, debido a la dura y cruda realidad. Por eso sacrificaban cualquier alegría. La postmodernidad ha generado un tipo de persona opuesto: como se le antoja imposible cambiar a la sociedad, no quiere oír hablar de compromiso; prefiere pasarlo bien. Nuestra tarea consiste, siguiendo al personalismo comunitario encabezado por Mounier, en mostrar que debemos comprometernos al mismo tiempo que somos capaces de reconocer y cantar los signos de vida, que son frutos de la esperanza.

A Mounier se le ha conocido más por los aspectos éticos de su «*compromiso en la acción*»,



Entrega del Premio Emmanuel Mounier a J. L. Vázquez Borau

subrayando las implicaciones sociales, políticas y económicas. Pero si queremos hoy preservar y profundizar en lo que él nos enseñó, habrá que equilibrar la aportación de Mounier más conocida con una reflexión global, para que su mensaje no quede focalizado exclusivamente en los valores del compromiso social, y se complete, además de la ética, con la estética y la metafísica. Tan sólo profundizando en todas las dimensiones de la persona podremos descubrir que las aportaciones de Mounier no son sólo circunstanciales a un momento histórico, sino un anuncio profético que hay que vivir para llevar a término su utopía transformadora.

La metafísica de la persona es la única que puede salvar a la cultura actual, a nuestra historia, de caer en los individualismos, incluidos los colectivismos, o sea, los totalitarismos, pues hay dos sistemas antagónicos que reducen la persona a individuo. Uno responde al «mito del contrato social», según el cual existiría un estado natural anterior a la vida en sociedad en donde los humanos vivirían solos, siendo individuos aislados, libres e iguales entre sí. En un segundo momento estos seres independientes e individuales deciden agruparse, por voluntad propia, formando la sociedad a partir de un pacto o contrato

inicial imaginario, perdiendo el estado inicial natural de independencia.⁵ El segundo sistema es una concepción totalitaria del individuo que considera al ser humano como un animal gregario, considerándolo como una parte de la totalidad al servicio del colectivo ante el cual no queda otra alternativa que someterse. El individuo aparece como una excusa, como una anilla de la cadena, necesaria para el éxito del conjunto. Aquí el ser humano sólo tiene valor en la medida en que sirve como perpetuación de la clase, la nación o la raza.⁶

El personalismo⁷ es la revolución vigilante del espíritu-comunión contra el espíritu-dominación en que cae una ideología que triunfa sobre otras. El peligro de la noción de persona actualmente viene no de sí misma, de su comportamiento metafísico, sino de los extremos y de las radicalizaciones. Tanto el egoísmo, el aislamiento y la exaltación indefinida de la libertad y de los horizontes individuales de la existencia como el colectivismo, la masa, el humanismo amorfo o la estandarización de las ideas y sentimientos humanos terminan siendo manipulados por unos intereses al principio impersonales pero después claramente opuestos a la persona humana. De una y otra alternativa nos puede salvar el perso-

nalismo que intenta superar esta doble reducción recordando el polo personal de la vida humana, pues no sólo somos seres dependientes de la totalidad societaria como una simple parte, sino que somos personas capaces de un movimiento altruista hacia el exterior, capaces de amar, y también, en tanto que totalidades, somos todos independientes. Como muy bien sintetiza J. M. Coll, «*uno no se encuentra más que perdiéndose; se posee únicamente lo que se ama. Vayamos más lejos, hasta el fondo de la verdad que nos salvará: se posee sólo lo que se da. Estamos contra la filosofía del yo y en favor de la filosofía del nosotros. La persona sólo existe hacia el otro, sólo se conoce por el otro, sólo se encuentra en el otro. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El tú y, en él, el nosotros preceden al yo y lo acompañan. Se podría casi decir que existo únicamente en la medida en que existo para otro y, en el límite, ser es amar*». ⁸ La metafísica de la persona era lo que Mounier exigía como algo urgente al personalismo que alentaba, si no quería caer en responsabilidades ajenas a él. ⁹

A mi modo de ver, tres son los aspectos que deberíamos profundizar y realizar en nuestras vidas para ser personas generadoras de transformaciones sociales, políticas y eclesiales. Se trata de un proceso de pasar del yo al nosotros. Este proceso lo podemos analizar en tres momentos: a) la persona como vocación; b) la persona como diálogo; y c) la persona como comunión.

1. La persona como vocación

La persona humana no tiene una personalidad ya realizada, sino que es un deber ser en el tiempo. La persona es persona en la medida en que es consciente de la orquestación universal en que se

inserta su papel individual. La etimología nos recuerda que la persona es ese personaje que representa un papel, cumple una función. Tener por vocación el desempeñar un papel individual en el drama universal, constituye el ser mismo de la persona.

El universo material y espiritual no son una mera yuxtaposición de partes, sino una verdadera conexión en la que cada cual ocupa su lugar y desempeña su función. La persona y el mundo están en devenir. En su esencia el universo está inconcluso caminando hacia su Centro Absoluto.

Ser una persona es tener conciencia del drama cósmico y participar en él desempeñando el papel eficaz al que ha sido llamada. Por esto podemos afirmar con J. Lacroix que «*la idea que mejor nos permite penetrar hasta el centro misterioso de la persona es la de la vocación. No existe sino la vocación personal... Ser una persona es responder al Amor que me llamó primero*». ¹⁰

Todos nuestros proyectos nacen del hecho básico de que

cada uno de nosotros es esencialmente un proyecto, un proyecto de existencia humana particularizada. Nuestra vida es una intención, y los fracasos que tenemos se relacionan con las intenciones que tenemos, y el Fracaso con mayúscula, fundamental, con la Intención que somos. Así se expresa Lacroix: «*No alcanzar los objetivos que persigue representa para la persona sufrir un fracaso. Pero como quiera que, además, la persona no se traza solamente diversos proyectos parciales y particulares, sino también uno más esencial y que le caracteriza, si es un proyecto fundamental, puede existir indudablemente, más allá de los fracasos particulares y determinados, el fracaso radical, el fracaso de toda su existencia, el fracaso de su proyecto como ser*». ¹¹ La vida es irrevocable. Cuando nos jugamos un fragmento de la vida, en cierta medida nos la estamos jugando entera.

● podemos afirmar con J.
● Lacroix que «*la idea que*
● *mejor nos permite penetrar*
● *hasta el centro misterioso de la*
● *persona es la de la vocación.*
● *No existe sino la vocación*
● *personal... Ser una persona es*
● *responder al Amor que me*
● *llamó primero*».

2. La persona como diálogo

En la comunidad personalista el otro es mi prójimo y se le debe tratar como un tú y no como un él, como un tercero. Siguiendo el análisis que hace Mounier sobre las formas sociales,¹² distinguimos cinco tipos: a) Sociedades impersonales: Es el reino del se dice, se hace, se piensa. El individuo humano deambula en la tiranía del anonimato, sin vocación, sin historia, sin pasado y sin futuro, carente de memoria personal; b) Sociedades del nosotros: Es el fascismo de cualquier tipo. Aquí las personas delegan su personalidad en otra persona que cuando dice yo, los demás piensan «nosotros». Esto va ligado a todo fanatismo y sectarismo; c) Sociedad vital: Aquí se incluye la familia y la patria. Cada persona cumple su misión; d) Sociedad razonable: Oscila entre el pensamiento impersonal, que pretende asegurar unanimidad y consenso; y la judicialización y contratación de la convivencia, que más que poner en comunión a las personas establece una paz armada para proteger los egoísmos mutuos. Y, finalmente, d) Comunidad personalista: Cada persona se realiza en la totalidad de su vocación y de sus posibilidades. Cada persona es un fin en sí, insustituible y querida por sí misma. El amor y la libertad de cada persona son los vínculos aglutinantes donde ninguna imposición debe tener lugar.

La comunidad es un maduro nosotros cuando cada uno de sus componentes ha descubierto, en todos y en cada uno de los demás, otros tú personales y los trata con la dignidad y amor que merecen. La relación comunitaria se establece de día en día. A la otra persona no comenzamos a tratarla como persona más que en la medida que lo consideramos una segunda persona, un tú, pues únicamente me encuentro con otro persona cuando ésta se convierte para mí en un tú. De tal manera que en la auténtica comu-



nidad, como dice Mounier, «*solo quedarían yo, tús, y un solo nosotros abarcando y uniendo una infinidad de predilecciones singulares*».¹³

Lo comunitario no se opone de modo alguno a lo personal, sino a lo individual, y de la misma forma que la persona se distingue del individuo, también la comunidad debe distinguirse tanto del colectivismo como del individualismo. Así, los enemigos de la comunidad son los mismos que los de la persona.

Siempre nacemos en el interior de una comunidad natural, la familia, y somos arropados dentro de una comunidad más amplia, cultural, que nos confiere los elementos que precisamos para nuestro desarrollo como personas. O al menos esto debería ser así. Cuando no lo es, algo de la personalidad se frustra. La soledad no elegida es la frustración de la esencial relacionalidad de la persona.

La comunidad, al contrario de la persona, no es un fin en sí, mientras que la persona sí que lo es. Es decir, la dignidad de la comunidad se fundamenta en la dignidad de las personas individuales que configuran su seno. La comunidad, persona de personas, es una unión personalizada en su configuración y personalizadora en su finalidad de personas concretas.

3. La persona como comunión

Estar en comunión con otra persona es tener conciencia de ella como de una singularidad y al mismo tiempo sabernos idéntica a ella. El colectivismo es el polo opuesto a la comunión, pues introduce el principio impersonal en la sociedad humana y deja en un estado indistinto a las conciencias humanas.

Cuando una persona nos está presente, su conocimiento global tiene grados, sin embargo su presencia es total, pues la personalidad no es divisible y se nos comunica totalmente. La persona no depende ni de unos puntos de referencia, ni de unos contrastes cualitativos, ni de similitudes. La persona es única y universal, capaz de todo. Según el pensamiento que compartimos con Maurice Nédoncelle, «*la diada nace sin egoísmo, y el ser recíproco es inmaculado. Así, los yoes que están asociados, están libres de celos. El amor se alegra de saber que otros seres todavía aman al amado; se alegra incluso de la respuesta que les da el amado; solamente le pide mantener la sociedad perfecta que es su relación única y constitutiva. No tolera los otros afectos del amado como un mal menor, y no solicita la preferencia; sabe que esta palabra no tiene sentido, y que toda reciprocidad es incomparable. La comparación sería la negación*».¹⁴

La comunión no es un contrato, si bien tiene su apariencia. La comunión o reciprocidad tiene un estatuto de confianza inicial y una llamada a

un don complementario en el que el contrato es a lo sumo la consecuencia. Por otro lado, siguiendo el pensamiento de Nédoncelle: «*si el compromiso contractual está destinado a suplir los desánimos, mientras hay reciprocidad el pensamiento de una promesa es por sí mismo extranjero. La comunión es un estado metafísico en el que el contrato no es más que una ratificación hecha necesaria o deseable siguiendo la condición natural. La intersubjetividad del nosotros puede fortalecerse con protecciones exteriores, pero no puede ser su resultado*».¹⁵

En esta línea se expresaba el propio Aristóteles cuando opina que la verdadera amistad no puede darse entre muchas personas simultáneamente, pues parece que la hondura de la entrega y la apertura íntima tiene lugar en relación proporcionalmente inversa al número de las personas implicadas en dicha relación. Estas son sus palabras: «*No es posible ser amado por muchos con una perfecta amistad, lo mismo que no lo es amar a muchos a la vez. La verdadera amistad es una especie de exceso en su género, es una afición que supera a*



Mounier en las Reuniones Internacionales de Munich (1948)

todas las demás, y se dirige por su misma naturaleza a un solo individuo, porque no es muy fácil que muchas personas agraden a la vez tan vivamente, ni quizá sería bueno. Es preciso, también, haberse conocido y experimentado mutuamente y tener una perfecta conformidad de carácter, lo cual es siempre muy difícil».¹⁶

Podemos pasar de la esfera de la experiencia antropológica y real a la esfera de lo universal sin salirnos de la conciencia, que es el lugar de la presencia de lo real y de lo trascendente en lo más profundo del ser humano. Se trata de una interioridad a cuya esencia pertenecen los contenidos de referencia más allá de sí misma, pero en los que ella misma se constituye como tal. Una interioridad que no se cierra en sí misma para formalizar un idealismo en sentido clásico o cartesiano, sino que, mediante la trascendencia

crea, objetiva y realiza su propio contenido en la trascendencia. Es lo que Hartmann llama «*estar contenido o estar asumido lo ideal en lo real*». ¹⁷

La persona no tiene necesidad de dar la vuelta al mundo para encontrarse con Dios. La persona humana forma con la persona divina una diada que no tiene necesidad de otra diada para ser una relación definitiva y constante. No tenemos necesidad de las personas más que para amarlas gratuitamente, cosa que no podemos hacer en relación con nuestro Dios, pues el amor nos supera y hace nuestra deuda insalvable. Amando al prójimo es como podremos saldar nuestra deuda con la divinidad. Dios es para toda persona la posibilidad anterior de amor y de salvación universal, pues, en palabras de Nédoncelle, «*es la fuente de una armonía preestablecida y de una invención espiritual que descubro progresivamente*». ¹⁸

Hay que reconocer que la presencia divina en nosotros no es personalizada como la de otro ser humano que vemos con la mirada. Pese a esto la presencia divina en nosotros es tan personal como lo es cada conciencia, pudiendo afirmar que nombrado o innombrado, el Dios de la conciencia es considerado por la conciencia fina como un Otro al que se identifica. Las conciencias se comunican por la relación del conocimiento de Dios, pues el Dios presente en la conciencia es persona y la persona divina es única para todas las conciencias. El nosotros es una forma de ser con un crecimiento conjunto ilimitado. Y la razón está en que Dios es el ser al que somos llevados cada vez que contemplamos al otro. Es la unicidad de las unicidades, la forma de absoluto más capaz de propulsar las existencias.

El progreso hacia la totalidad es un progreso hacia la personalidad: De la naturaleza se pasa al yo, después a la percepción del tú, y después a la del nosotros, creciendo en conciencia personal.

Y como dice Nédoncelle, «*sería extraño que la impersonalidad se encontrase al final del camino en esta línea ascensional. La impersonalidad de Dios sería una caída de la función de la naturaleza*». ¹⁹

La naturaleza para evolucionar destruye. El espíritu tiene un proceso inverso: completa lo que es imperfecto, mantiene una conducta positiva. Dios no se pone en lugar de las cosas, las recapitula, las anima bajo su aliento, las hace ser. Dios no se une al yo o al nosotros creados, sino que está en ellos como la luz en una vidriera. La idea de Dios es immanente a todos los centros de

relaciones personales: constituye la persona en sentido estricto y no es una personalidad individual, sino una sobrepersonalidad: es persona dentro de su divinidad.

La persona, el espíritu, Dios son tres palabras que conducen a la misma realidad. Existe una distancia infranqueable entre el nosotros creado y su fuente amorosa increada. Por eso, como afirma Nédoncelle, «*la persona que penetra toda*

personalidad no está modificada por la adición o sustracción de las diadas que están en comunión con ella y que comunican con ella. El número no tiene nada que hacer con la persona, que es independiente de la pluralidad o de la unicidad de sus manifestaciones». ²⁰

Nuestra relación con Dios revela que Dios es personal. Y como no hay experiencia del yo sin el tú, habría que admitir o bien que nosotros somos coeternos y necesarios a Dios, o bien que la divinidad es en sí misma una comunidad de conciencias. Y como bien dice Nédoncelle, «*ésta segunda hipótesis es la más plausible; pues si aceptáramos la primera, las conciencias humanas serían criaturas eternas de Dios y no imágenes esenciales de Él. Éstas están sin duda llamadas por Dios a ser una cierta igualdad virtual con Él; pero Él no po-*

• *La comunidad, al contrario*
• *de la persona, no es un fin en sí,*
• *mientras que la persona si que*
• *lo es. Es decir, la dignidad de*
• *la comunidad se fundamenta*
• *en la dignidad de las personas*
• *individuales que configuran su*
• *seno.*


dría reflejarse totalmente en ellas si éstas llegaran a crearlo a su vez, es decir, si hubiera una encarnación de Dios por ellas».²¹

La esencia de Dios se expresa por una trinidad de personas: La realidad suprema es una realidad de relaciones subsistentes. Y el hecho de estar en el otro o hacia el otro no implica ninguna dependencia humillante.

Para concluir, hay que señalar que, profundizando en las dimensiones estéticas, éticas y metafísicas de la persona, tal y como intuyó proféticamente Emmanuel Mounier, se nos presenta un fecundo porvenir, con repercusiones sociales, políticas y eclesiales, en la línea del personalismo comunitario.

Notas

1. O. FULLAT, *Con el hombre, apuntes filosóficos*, Barcelona 1972, 175-177.
2. O. FULLAT, o. c., 176.
3. Cf. E. FROMM, *¿Tener o ser?*, Madrid 1980.
4. Cf. P. LEBEAU, «Vers une théologie postmoderne? Un point de vue nordaméricain», *Nouvelle Revue Théologique* 113 (1991), 386-399.
5. Cf. J. J. ROSSEAU, *L'Emile* (1759-61); *Le Contrat Social* (1760-61).
6. Cf. K. MARX, *Manifest der kommunistischen Partei* (*Manifiesto del Partido Comunista*), 1848.
7. La palabra «personalismo» es de uso reciente. Fue utilizada por Renouvier en 1903 para calificar su filosofía, cayendo más tarde en desuso. Reapareció más tarde en Francia (1930) para designar los primeros tanteos de la revista *Esprit*.
8. J. M. COLL, «Personalismo, pensar dialógico y fe teológica», *Pensamiento*, vol. 29, (1973), 209-226.
9. Cf. E. MOUNIER, *Personalismo y cristianismo*, *Obras Completas I*, Salamanca 1992, 904.
10. J. LACROIX, *Vocation personnelle et tradition national*, París 1942, 188.
11. *Ibid.*, 188.
12. Cf. E. MOUNIER, *Obras completas I*, Salamanca 1992, 219-244.
13. *Ibid.*, 227.
14. M. NÉDONCELLE, *La réciprocité des consciences, Essai sur la nature de la personne*, París 1942, 52.
15. *Ibid.*, 79.
16. ARISTÓTELES, *Moral a Nicómaco*, Madrid 1978, 266.
17. N. HARTMANN, *Ontología I: Fundamentos*, México 1954, 333.
18. M. NÉDONCELLE, o. c., 94.
19. *Ibid.*, 97.
20. *Ibid.*, 98-99.
21. *Ibid.*, 100.



La Fundación Emmanuel Mounier
otorga el


Premio Emmanuel Mounier
en el 50º aniversario de su fallecimiento
en su modalidad de

PENSAMIENTO PERSONALISTA

»

Don José Luis Vázquez Borau

20 de junio de 2000



Luis Ferrero Almeida
Presidente de la Fundación Emmanuel Mounier

**FUNDACIÓN
EMMANUEL
MOUNIER**